

La Palabra

István Benyhe*

Cuando se despidió de Pacomio, Perenio de Beocia sabía que tarde o temprano lo iban a encontrar. Cruzó el Nilo y, después del prolongado ayuno en las piedras devastadas, se derrumbó desmayado sobre la arena del desierto. Una luz deslumbrante lo despertó de su sueño mortal. El resplandor que lo eclipsaba todo le cegaba sus ojos envejecidos y le dio a entender que encontrarían su pista en breve y que todo lo que hasta entonces le guiaba de manera confusa en su vida de ermitaño ahora ganaría sentido. Perenio de Beocia huía. Llevó a la cueva su tesoro precioso, la Palabra del Maestro, enrollada sobre su cintura. A la luz frágil del candil apenas podía distinguir los símbolos desdibujados del papiro. Una vez más quería ver y tocar aquellos símbolos extraños y afilados antes de que su destino tuviera que cumplirse. Hacía ya muchísimo tiempo que se sabía de carrerilla todas las palabras del escrito. Las leía en voz alta siguiendo las líneas con el dedo para que sus pensamientos no se desviaran.

TOMÁS:

—¿Por qué la creación es sangrienta? ¿Por qué todos los seres se comen los unos a los otros para conservar su vida? ¿Por qué el final de la vida es triste? ¿Qué siente el ratón cuando la serpiente lo devora y sus jugos gástricos lo disuelven vivo? ¿Realmente solo el cedro y el león pueden disfrutar de la vida?

MAESTRO:

—¡En absoluto! A ellos, los parásitos diminutos los torturan hasta la muerte. Solo el hombre puede evadirse de este destino. El resto, lo entenderás, para eso sirve la vida.

TOMÁS:

—¿Y la miseria, las enfermedades, el odio y la guerra?

MAESTRO:

—Existen las leyes, los descubrimientos, la producción, la sanidad, el bienestar y la política exterior.

TOMÁS:

—Bueno, ¿y las catástrofes, las revoluciones, los genocidios y las ilegalidades?

MAESTRO:

—Los creamos nosotros mismos, por consiguiente somos también capaces de vencerlos.



TOMÁS:

—¿Y cuando nos desorientamos entre nuestros propios sentimientos y nos quedamos a merced de nosotros mismos, de los otros y de las cosas?

MAESTRO:

—Nuestro único punto de referencia es la naturaleza, que funciona porque sus seres se comen los unos a los otros. Cuantos menos alimentos consagramos para mantener nuestra existencia, más deseamos el orden, nuestros sentimientos serán nobles y las cosas no pueden dominarnos.

TOMÁS:

—Cuando no nos alimentamos en absoluto, el orden se viola menos, pero nosotros perecemos. ¿Debemos mantenernos vivos o más bien conservar el orden carnibal del mundo que está fuera de nosotros?

MAESTRO:

—Hemos llegado a la frontera del secreto. El ayuno indaga en el secreto de la existencia. ¿Quizás la verdadera vida está más allá del ayuno y esto no es más que delirio? Tu deber es descubrirlo. Cuanto más lejos estás del ayuno, más se acerca la serpiente que te devora y te digiere vivo. Tarde o temprano tu cuerpo servirá de alimento a otros. No lo adelantes, pero tampoco lo aplaces. Prepárate para ello y el orden se construirá dentro de ti.

TOMÁS:

—¿Por qué la ausencia de orden es libertad y felicidad?

MAESTRO:

—No lo es. El mundo no se ha acabado de hacer todavía. Observa tu propio mundo y descifra el mensaje que tiene para ti. El orden, la libertad y la felicidad son uno. Solo el ayuno y el ofrecimiento voluntario de la vida son capaces de hacer descubrir la verdadera esencia de la vida. Este descubrimiento nos permite superar al mundo. Allí nos espera el secreto de la creación.

TOMÁS:

—¿Los animales conocen el secreto? ¿Son nuestros alimentos, nuestros sirvientes o nuestros hermanos? ¿Tienen lugar en el amor del Creador?

MAESTRO:

—Obsérvalos, ámalos, enséñales y cómelos. Forman parte del orden que tienes que construir dentro de ti mismo. Ellos lo conocen, pero tú tienes que recordárselo. Son tus compañeros contra el poder del tiempo.

TOMÁS:

—¿Por qué hago siempre estas mismas preguntas desde el comienzo del mundo, y Tú, por qué siempre contestas de manera que yo tenga que preguntarlas una y otra vez?

MAESTRO:

—El león que devora al hombre es feliz porque el león se convertirá en hombre, y el hombre que devora al león está maldito porque el hombre será león.

Perenio dejó caer su mano, sus ojos se sumergían en la oscuridad de la cueva. Seguía pronunciando las palabras como si estuviera leyendo, pero su voz iba



apagándose; el rollo en su regazo, ya solo murmuraba para sí las palabras del Maestro:

Ciertamente os digo que el mundo se está formando desde hace miles de millones de años. No tiene una finalidad, sino un sentido. Su criatura magnífica, el antílope descansaba a la sombra de un baobab. El león se confundía totalmente con la hierba amarillenta reseca, mientras se acercaba sigilosamente al antílope. El antílope lo vio ya a medio camino. Levantó la cabeza con interés y alarmado. Ya no era un animal joven, sabía lo que se acercaba. Botar rápido, una breve galopada y el gran fétido descubierto podrá desertar disgustado. El antílope se estremeció. Luego inclinó lentamente la cabeza sobre la hierba. En sus ojos se intercambiaban el espanto, el temor y la resignación. Los antílopes siempre huyen de los leones y los leones siempre cazan a los despistados o a los que huyen más lento. Que se acabe ya, pensaba el antílope, y cerró los ojos. El león vio que lo habían descubierto, y no tenía esperanzas. Seguía deslizándose únicamente por responder a sus instintos. Iba a saltar cuando vio que el pequeño animal seguía acostado, inmóvil. ¡Serpiente! —pensó y dio un brinco en el aire—. Pero no era veneno de serpiente lo que paralizaba su presa. Estaba ya a su lado, miró a sus ojos espantados y, por primera vez en su vida, vio de cerca los ojos de un antílope, los de un animal que no se debatía entre la vida y la muerte entre sus garras. Era bonito, grande y marrón, y determinado, pero brillaba en él una especie de tristeza orgullosa, resignada a la muerte y una esperanza trascendente. Los enormes dientes del león chocaron con los cuernecitos, su tremenda pata giró suavemente al antílope acostado. Estaba desconcertado. Pues este vive, está totalmente sano y no huye. Tenía mucha hambre, se inclinó sobre la carótida abriendo sus enormes fauces, pero era incapaz de morder al animalito tembloroso. Miró al Sol tropical, vio a los buitres revoleando en el cielo. En aquel momento, justo a su lado apareció una jauría de hienas. Rugió muy fuerte y como si esto le hubiera dado coraje, o más bien lo hubiera despertado, partió con un sólo golpe la vértebra del antílope, justo detrás del cuello. El pequeño animal macho no se movió más. El

león empezó a arrastrarlo con prudencia, pero estaba cada vez más indeciso. Al llegar al matorral le abrió la barriga y se comió las entrañas. Sintió sabores nuevos y desconocidos que le incitaban a la prudencia. No comió más, ni siquiera salió para beber, solamente se acostó al lado de su presa e inclinó la cabeza sobre sus patas. Su corazón latía tan fuerte como si hubiera perseguido durante mucho tiempo al pequeño antílope. Pensó que algún día él también estaría así acostado a la sombra del baobab, y que buitres y hienas rodearían su cuerpo. Delante de sus ojos cerrados desfilaban imágenes de patas de cebras, de ñus, de impalas huyendo, y se le hizo un nudo en la garganta al pensar que dentro de poco debería cazar de nuevo. Perenio de Beocia se calló. Desde la oscuridad de la cueva volvió hacia la entrada que se vislumbraba en la lejanía. Suspiró silenciosamente, inclinó profundamente la cabeza, se levantó, enrolló y guardó en una vasija de piedra el estrecho rollo de papiro egipcio, y después la selló con cera. La colocó en una oquedad profunda de la cueva y la tapó con una piedra que había caído del techo y con una mezcla de leche de camello, excremento y barro. Se apresuró a otra galería de la cueva, se acucilló en el polvo y abriendo los brazos en cruz empezó a rezar. Allí lo encontró Crónidas. Colocó su cáliga pesada, reforzada con clavos de bronce, sobre el cuello de Perenio y le preguntó:

—¿Dónde está la Palabra de nuestro Maestro? ¿Dónde la has escondido?

—Quédate conmigo, escucha conmigo los rumores de la cueva, la caída del grano de arena, las palabras del Maestro.

—¡Morirás si no me la das! El mundo necesita las palabras del Maestro. ¡Te cortaré los miembros uno tras otro si lo sigues ocultando!

—Ya te esperaba. Me sé de memoria la Palabra del Maestro que te asigna también un deber eterno. No puedo dártela pero te la puedo enseñar.

Crónidas sacó su espada. Quitó su cáliga del cuello de Perenio, con su mano izquierda lo cogió por la garganta, lo levantó y lo retuvo contra el muro de la cueva. Le acercó la punta de la espada a la cara y le gritó: ¡dame la Palabra! Los ojos de Perenio se agrandaron, vio de cerca las pupilas dilatadas de Crónidas y la Palabra vi-

braba en su cuerpo como un relámpago. Cerró los ojos, acarició suavemente la mejilla de Crónidas y susurró en voz baja, con la punta de la espada en la cara:

—La huella de la mano del hombre se forma en su alma. La ley del alma se vigila con la mano, incluso cuando el alma enflaquece. La mano cae, el alma regresa a su creador, pero la Palabra siempre emerge de nuevo hasta que el orden no sea completo. ¡Despiértate y quédate conmigo!

Crónidas, jadeando, le clavó la espada. Luego cortó prácticamente en dos a un Perenio estertoreo y casi sonriente. Apartando el cuerpo sangrante de una pata, registró las ropas pobres y las alforjas de Perenio. Revolvió el suelo polvoriento de la cueva con su espada, volcó las rocas caídas al suelo hace mucho tiempo, luego, gritando y maldiciendo a Perenio, se tambaleó fuera de la cueva. La huella de la mano de Perenio y la sangre derramada de su boca y de su cuello parecían formar signos inteligibles en el polvo de la cueva: *tu orden, Señor*. Pero Crónidas ya no pudo verlo.

Traducción: Júlía Őri

***István Benyhe** nació en 1954 en Budapest. Tal vez no exista una figura tan conocida en la vida pública, política, literaria o artística húngara que sea un profesor tan apasionado como él. Originalmente obtuvo su título universitario de Geografía, Lengua y Literatura española en ELTE, la Universidad más prestigiosa de Hungría. Sin embargo, su segundo título de economía, su trabajo como funcionario y su corta existencia como político no han podido apartarlo de su verdadera pasión: el conocer el mundo y transmitir sus conocimientos como docente. Cree que todas las herramientas ayudan en la formación de las nuevas generaciones. Por eso trata de vivir su vocación no solo como docente de instituto o universitario sino con sus estudios, traducciones literarias y poemas, o actualmente como diplomático de cultura de su país en Madrid. Además de sus traducciones literarias, poemas y novelas se siente orgulloso de sus estudios porque es el género que le facilita más posibilidades para que pueda analizar las grandes preguntas del mundo y hacer una síntesis. En este cuento breve publicado, también debate sobre un paradigma multidimensional de la existencia humana.